

RESEÑAS

F. HERNÁNDEZ VARGAS, *Brazos*.—Imprenta Venezuela, San Juan, P. R., 1939. 80 pp.

Este es el segundo libro de versos de F. Hernández Vargas, joven que cursa su carrera de derecho en la Universidad de Puerto Rico. Indudablemente Hernández Vargas tiene madera de poeta, cosa que se manifestó plenamente en su primer libro, *La vereda*. Esta última obra me hacía esperar más de su segunda, la que considero, en todos aspectos, inferior a la inicial.

Brazos es un libro de versos proletarios, en el cual el interés doctrinario perjudica más de una vez el valor estético de los poemas. El estilo acusa un vigor muy varonil, del cual el poeta parece estar muy complacido. Repetidas veces encontramos pasajes en que la expresión se viste de fuerza y de dureza. Tal es el caso del poema "Tierra", que es una metáfora genésica en su integridad, escrito en forma de crudo naturalismo. Junto a versos de auténtico valor poético, encontramos otros indudablemente flojos. Cosa que puede explicarse por el desdén que hacia la forma pulida parece sentir Hernández Vargas. En general la obra deja la impresión de haber sido escrita por un artista de posibilidades; y es por esto precisamente por lo que le podemos exigir una muy posible y necesaria superación.

GUSTAVO AGRAIT,
Universidad de Puerto Rico.

ANTONIO GÓMEZ RESTREPO, *Poesías*. Publicaciones de la Academia Colombiana, t. I.—Bogotá; Escuelas Gráficas Salesianas, 1940. xvi, 510 pp.

Feliz idea, acreedora a la gratitud de la cultura colombiana, la de recoger en un volumen la obra poética del príncipe de nuestra crítica

literaria. Gómez Restrepo ha pasado a ser una gloria nacional, fundada en méritos auténticos de talento y laboriosidad, razón sobrada para que todos sus compatriotas queramos conocer hasta el último brote de su alma nobilísima. Por fortuna, su obra dispersa dió con un pesquisidor tan sagaz como el P. José J. Ortega, que suma a sus méritos este nuevo aporte a las letras colombianas.

El poeta en Gómez Restrepo ha sido todavía más modesto y recatado que el crítico, y por ese sólo rasgo podemos llamarlo poeta. El ha cantado para sí mismo y sus poemas han brotado por espontánea necesidad de un alma sensible, dotada al mismo tiempo de un refinado gusto artístico que hasta en los poemas "de ocasión" revela una acabada justeza entre el pensamiento y la forma. Yo no separaría en Gómez Restrepo al crítico del poeta. Predomina en sus versos cierto entusiasmo por todas las obras de arte que le ha sido dado contemplar en sus largos viajes a través de los mares y los libros, y vienen a ser una como aquilatada interpretación de lienzos, monumentos y paisajes. Con la diferencia curiosa por cierto y que a mi juicio da la primacía al escritor en prosa, de que la imaginación en los poemas es más contenida que en discursos y obras críticas. De manera que el crítico y el poeta revelan las mismas virtudes: y así como nos deleita con un esbozo literario y una interpretación magistral, y nos eleva en vuelo remontado descubriendo a nuestros ojos secretos de belleza con vigor de pensamiento y perfección de dicción, de igual modo nos entrega la expresión de su secreto de poeta en versos espontáneos y de ajuste cabal, por donde colegimos que el crítico de arte es a su vez un fino temperamento emotivo y un laborioso orfebre.

Su maestría poética sobresale en el soneto, tan propicio para expresar un conjunto de ideas y sentimientos en síntesis concretas de dicción contenida y rica de sentido. Sino que a diferencia de la crítica literaria, obra artística también pero en cierto modo impersonal, se transparenta en estos poemas el secreto del hombre, sus afectos y tendencias, sus angustias íntimas, ese dolor recóndito que se aposenta en todo verdadero poeta; y por sobre todo una elevación sin desfallecimientos, que todo lo idealiza gracias a su numen y a su arraigada convicción de cristiano. Leyendo estas poesías se va siguiendo la trayectoria de una vida con todas sus vicisitudes y sus amargos desengaños, al par que se aprende su valor moralizador y se saborea un tónico confortante de refinado gusto y auténtica elevación poética.

Gómez Restrepo, a pesar de su espontaneidad y de entregarnos retazos de su propio corazón, no es un poeta popular. Sin embargo, hay sonetos suyos que están en los labios de todos sus compatriotas. Esta consagración sería menos apetecible si ya no estuviera confirmada por el círculo selecto de sus lectores y por el gesto infinitamente sincero de sus colegas, que no sólo le quieren sino que le admiran, y en prueba

de ese afecto y admiración entregan a vida inmortal algunas palpitaciones de su noble espíritu.

JUAN ALVAREZ,
Bogotá.

Poesías de José Batres Montúfar, ed. y notas de Adrián Recinos.—Guatemala, Tipografía Sánchez y de Guise, 8ª Av. Sur, N° 30, 1940. 210 pp. \$1.00.

Este libro constituye la undécima edición de la obra de nuestro gran poeta romántico, verdadero "clásico" guatemalteco, y reproduce el texto, con ligerísimas enmiendas o adiciones, de la última edición—Madrid, Imprenta Helénica, 1924—, hecha por el propio señor Recinos, literato de vasta erudición y de reconocido buen gusto, ministro plenipotenciario de Guatemala ante el gobierno de Washington desde hace largos años.

Contiene el libro un estudio preliminar que pasa justamente por ser el más correcto, lúcido y completo que se haya escrito sobre Batres Montúfar, dentro de una concisión armoniosa. En ese estudio el licenciado Recinos traza en forma sucinta la biografía esencial del poeta y se detiene a considerar la calidad de su obra y de modo especial las influencias que ejercieron en ésta—de tan acusado romanticismo, pero también de un verismo asombroso que mantiene incólume su vitalidad—, Byron, Mora y el donoso Juan Bautista Casti, haciendo hincapié en el hecho muy importante, pero comúnmente poco advertido entre nosotros, de que, habiendo imitado deliberadamente el gran poeta a esos y a otros autores—fué traductor de pasajes de Horacio y de fragmentos de poesías francesas, y conoció diversas literaturas por personal esfuerzo—, eran tan poderoso su numen y tan vigorosas sus facultades, que dió cabal sello de originalidad a sus producciones, habiéndose encontrado a sí mismo, por ese camino, con felicidad que le señala cada vez más acentuadamente como uno de los poetas de América cuya perenidad puede asegurarse como conquistada con mayor fundamento.

Para terminar el elogio de su pulcra edición, diremos que las notas con que el señor Recinos aclara tal o cual recodo de la obra, revelan al estudioso, enamorado del tema y su insuperable aptitud para conducirlo a buen término. Si en poesía las notas resultan casi siempre engorrosas, escollo que se sortea con enfado, en este caso ejemplar se leen con simpatía tanta como provecho. El lector extranjero, sin mayores noticias de nuestro ambiente y no familiarizado con nuestra historia, las utilizará con beneplácito perfecto. Las primeras ediciones sólo poseían algunas notas de escaso valor. La del centenario, aparecida en 1910, lleva un estudio de otro ilustrado literato e historiógrafo nacio-